Diario de Wuhan

Sesenta días desde una ciudad en cuarentena

Fang Fang

Prólogo de Antonio Muñoz Molina

Seix Barral

Seix Barral Los Tres Mundos

Fang Fang
Diario de Wuhan

Sesenta días desde una ciudad en cuarentena

Prólogo de Antonio Muñoz Molina

Traducción de
Cheng L. Ning, Aurora Echevarría y Lorenzo Luengo

Título original: *Wuhan fengcheng riji - Wuhan Diary*

© Fang Fang, seudónimo de Wang Fang, 2020
Traducido originalmente del chino por Michael Berry
Publicado originalmente en inglés por HarperCollins
Publicado de acuerdo con Jennifer Lyons Literary Agency LLC y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
Todos los derechos reservados
© por la traducción, Cheng L. Ning, Aurora Echevarría y Lorenzo Luengo, 2020
© por el prólogo, Antonio Muñoz Molina, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2020
ISBN: 978-84-322-3696-9
Depósito legal: B. 11.131-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

LOS VIRUS SON UN ENEMIGO COMÚN DE TODA LA HUMANIDAD

I

La primera vez que entré en mi cuenta de Weibo —la plataforma de blogs del portal Sina— para escribir una entrada de este diario, no podía imaginar que acabaría publicando otras cincuenta y nueve. Tampoco me imaginé que decenas de millones de lectores aguardarían un día tras otro hasta la medianoche para leer la siguiente entrega; muchos me decían que no podían conciliar el sueño si no la leían. Ni mucho menos previ que estas notas personales podrían reunirse en forma de libro para ser publicadas en el extranjero en un plazo tan corto.

Acababa de terminar la entrada número sesenta de este diario cuando el Gobierno declaró que Wuhan levantaría el confinamiento obligatorio el día 8 de abril.

La cuarentena de Wuhan duró un total de setenta y seis días. El día de la reapertura de la ciudad, el 8 de abril, coincidió precisamente con el inicio de la preventa de la edición en inglés del *Diario de Wuhan*.

Todo esto parece un sueño o quizá una maniobra silenciosa de la mano invisible de Dios.

II

El 20 de enero, cuando el doctor Zhong Nanshan, especialista epidemiólogo chino, anunció que el nuevo coronavirus podía contagiarse de persona a persona y salió la noticia de que ya había catorce profesionales sanitarios infectados, mi primera reacción fue de *shock*, luego el *shock* dio paso a la indignación. Esta versión se daba de bruces con todo cuanto habíamos visto y oído antes. Los medios de comunicación oficiales no habían dejado de insistir en que esta enfermedad «No Se Transmite Entre Personas» y «Se Puede Controlar y Prevenir», aunque se rumoreaba que en realidad era el SARS.

Una vez se supo que el periodo de incubación de este virus era de catorce días, traté de repasar racionalmente con quiénes había tenido contacto para ver si había alguna posibilidad de que me hubiese infectado. Lo preocupante era que a lo largo de esos días había ido tres veces al hospital a visitar a una colega: dos veces sin mascarilla y una con ella. Antes del 7 de enero participé en algunas reuniones familiares de mis amigos, también fui a comer con mis familiares a restaurantes. El 16 de enero, un operario estuvo en mi casa para instalar una caldera nueva. El 19 de enero, mi sobrina y su hijo estuvieron de visita en Wuhan, de modo que mi hermano mayor y mi cuñada nos invitaron a comer al menor de mis hermanos, a su mujer y a mí. Menos mal que para entonces ya circulaba el rumor del SARS, y todos teníamos puesta la mascarilla.

Teniendo en cuenta a qué me dedico y mi habitual

ritmo de vida, es de lo más extraño que saliera tantas veces en tan poco tiempo. Pero el caso es que estábamos en vísperas del Año Nuevo Chino, y la gente organiza un buen número de fiestas y reuniones para celebrarlo. Visto lo visto, me iba a resultar imposible saber si me había contagiado o no durante ese periodo. Sólo podía hacer una operación de resta, descartando las posibilidades de infección desde las fechas más recientes hacia atrás, proceso en el cual me sentía llena de tristeza.

Mi hija volvió de Japón el 22 de enero, la noche antes de que se anunciara el confinamiento. Fui a recibirla al aeropuerto a las diez de la noche, cuando ya había pocos coches y peatones en las calles. Cuando llegué a la terminal, casi todo el mundo llevaba mascarilla, una sensación opresiva llenaba el aire, y la gente parecía seria y deprimida, nada que ver con el caos y las risas habituales. Esos días, los habitantes de Wuhan experimentaron el mayor pánico y nerviosismo. Antes de salir de casa dejé un mensaje en las redes sociales, diciendo que me sentía como un soldado que parte a la batalla. El vuelo de mi hija llevaba retraso, y cuando por fin la vi salir ya eran las once de la noche.

Mi exmarido había cenado con ella hacía una semana y unos días atrás me había dicho que sentía molestias en los pulmones. Se me encogió el corazón al oírlo, porque si él estaba infectado del coronavirus, podría haber contagiado a nuestra hija. Después de explicarle a ella esta posibilidad, decidimos que la llevaría a su apartamento y se quedaría en casa por lo menos una semana sin salir. Eso implicaba que no pasaríamos el Año Nuevo Chino juntas, sino cada una en su casa. Al día siguiente le llevaría comida, ya que ella había estado de viaje y no tenía alimentos frescos. En el coche, las dos con las mascarillas

puestas, casi no hablamos; normalmente está deseando contarme cómo le ha ido el viaje, pero esta vez apenas dijo una palabra sobre Japón en todo el trayecto. Las dos permanecíamos calladas. En el interior del coche reinaba la misma tensión de ansiedad y depresión que permeaba toda la ciudad de Wuhan.

Después de dejar a mi hija en su apartamento, en el camino de regreso al mío, paré a echar gasolina, así que para cuando llegué a casa ya era la una de la madrugada. Encendí el ordenador y enseguida vi la noticia del confinamiento, que entraba en vigor al cabo de unas horas. Aunque antes ya había propuestas de cuarentena, recuerdo haber pensado que sería imposible cerrar una ciudad tan grande como Wuhan, de forma que cuando llegó la orden no me lo esperaba. Aquello me despertó la conciencia de que la epidemia tal vez hubiera llegado a ser extremadamente grave.

Al día siguiente salí a comprar mascarillas y alimentos. Las calles desérticas presentaban una imagen sin precedentes en la historia de Wuhan. La ciudad vacía me dio una inmensa tristeza; sentía un vacío en el corazón, al igual que estaban vacías aquellas calles. Fue una sensación rara, jamás en toda mi vida había experimentado algo semejante. Era incertidumbre por el destino de mi ciudad; incertidumbre por si mis familiares y yo misma estaríamos infectados; incertidumbre por todo lo que estaba por venir. Y todo ello me sumergía en un extraño sentimiento de perplejidad y tensión.

En los dos días posteriores, salí en dos ocasiones a comprar mascarillas. Vi que en cada calle había un barrendero solitario limpiando las aceras. Como pasaba poca gente, las calles no estaban sucias, pero los barrenderos seguían haciendo su trabajo meticulosamente. Esta

escena me proporcionó una enorme sensación de consuelo y sosiego.

Reflexionando sobre lo sucedido, me pregunté por qué no le había dado la suficiente relevancia a un asunto tan importante durante aquellos veinte días, si ya había oído voces al respecto el 31 de diciembre de 2019. Y, sobre todo, con la lección aprendida del SARS que vivimos en nuestra propia carne en 2003. Este «por qué» es una pregunta que seguro que se hacían también muchas otras personas. ¿Por qué?

Siendo absolutamente sincera, en parte se debe a que fui demasiado descuidada, aunque también fue por las circunstancias de la vida. No obstante, el error más grave fue nuestra confianza ciega en el Gobierno. Estábamos convencidos de que las autoridades de Hubei no se atreverían en absoluto a adoptar una actitud tan pasiva e irresponsable ante un tema de vital importancia. También creíamos que no iban a actuar aferrándose a sus principios de corrección política y su rigidez burocrática en una situación de emergencia que afectaría a miles de vidas. Confiamos en que tendrían más sentido común, además de suficiente capacidad de juicio con una amenaza real a las puertas. Precisamente por esta confianza, incluso escribí en un grupo de WeChat que «con un acontecimiento de esta magnitud, sería imposible que el Gobierno ocultara la realidad. No se permitiría tal osadía». Sin embargo, la situación llegó a ser tan desastrosa que vimos claramente la proporción de los errores humanos.

Comportamientos habituales y profundamente arraigados como contar sólo noticias positivas y ocultar las negativas, prohibir que la gente diga la verdad, no dejar que el público conozca la realidad e ignorar la vida de

cada individuo provocaron que esta sociedad se les volviera en contra, un daño devastador para la población y unas merecidas represalias hacia los propios funcionarios. (Hasta ahora, una parte de los jefes políticos de Hubei han sido destituidos, aunque otros responsables todavía permanecen en sus puestos.) Estos vicios trajeron para Wuhan un confinamiento de setenta y seis días, que afectó seriamente a innumerables personas y lugares. Es absolutamente necesario que llevemos a cabo una investigación a fondo sobre las responsabilidades.

III

Desde el 20 de enero, Wuhan era presa del pánico y el nerviosismo, y tres días después, de repente, a sus habitantes nos caía encima la orden de confinamiento. Para una ciudad con más de diez millones de habitantes, decretar el cierre por cuarentena era algo sin precedentes. No fue nada fácil tomar en tan poco tiempo esta decisión, porque sin duda esta orden tendría un fuerte impacto en la vida de todos los vecinos.

Pero para contener la propagación del coronavirus, el Gobierno de Wuhan apretó los dientes y tomó al fin la dura decisión que era necesario tomar; una decisión única en la historia milenaria de nuestra ciudad. Mirándola desde la perspectiva de la evolución de la epidemia, se ha demostrado que fue una decisión correcta, aunque llegó con varios días de retraso.

Durante el lapso de los cinco días que comprende desde los tres anteriores al confinamiento hasta los dos posteriores al decreto, cuando se impusieron las restricciones, los wuhaneses vivieron inmersos en una continua

zozobra. Cinco días terribles que parecían interminables; entre tanto, el coronavirus se expandía rápidamente por la ciudad, mientras el Gobierno dejaba en evidencia su impotencia total.

El 25 de enero, primer día del Año Nuevo Chino, la gente comenzó a tranquilizarse un poco: los medios de comunicación informaron de que la cúpula política del país seguía con atención la epidemia de Wuhan y venía de camino el primer contingente de médicos de Shanghái. Estas noticias hicieron que los habitantes de Wuhan recuperaran la calma poco a poco, porque la gente sabe que en China, una vez se eleva algo al nivel nacional, todo el mundo se pone en marcha y las cosas se solucionan con el esfuerzo del país entero. Desde ese día se disiparon los miedos de los aterrorizados y confusos wuhaneses. Y ése fue el día en que empecé mi crónica personal.

Pero al mismo tiempo llegó a Wuhan la etapa más dolorosa de la epidemia; el número de infectados de coronavirus se disparó durante el periodo del Año Nuevo Chino y el sistema hospitalario de Wuhan, inundado por oleadas de pacientes, se encontró al borde del colapso. Aquellos días en que tradicionalmente se reunían las familias deberían ser momentos llenos de alegría y felicidad. Por el contrario, innumerables pacientes infectados andaban buscando atención médica en medio del frío, el viento y la lluvia. Bajo la orden de confinamiento se suspendió el transporte público, de modo que los ciudadanos de Wuhan, que en su mayoría no tienen coche privado, se vieron obligados a ir caminando de un hospital a otro, lo que suponía un auténtico calvario difícil de describir. En internet también aparecieron muchos vídeos en que se veía a los enfermos pidiendo socorro, los hospitales abarrotados por colas interminables y los médicos a

punto de caer en un colapso mental. Frente a los gritos desesperados de los pacientes, nos sentíamos totalmente impotentes. Para mí, aquéllos fueron también los días más duros. Lo único que podía hacer era escribir; y así continué escribiendo y escribiendo. Escribir a diario fue para mí prácticamente una terapia psicológica.

Esa etapa infernal terminó gracias a la destitución de algunas autoridades de Hubei y Wuhan, a la llegada de equipos de sanitarios procedentes de diecinueve provincias y a la implantación de los hospitales de campaña. La nueva política de cuarentena fue un punto de inflexión que acabó con la situación caótica y trágica de Wuhan. Los pacientes fueron clasificados en cuatro categorías: 1) casos graves; 2) casos confirmados de infección; 3) casos sospechosos; 4) pacientes que habían tenido contacto con los infectados. Los pacientes graves ingresaron en los hospitales designados para el tratamiento de la COVID-19; los pacientes leves fueron trasladados a los hospitales de campaña; los sospechosos de infección se pusieron en cuarentena en hoteles, y los que habían tenido contacto con infectados fueron destinados a otros centros de cuarentena, por ejemplo, hoteles o residencias estudiantiles desocupadas, etcétera. Todas estas medidas surtieron efecto enseguida. Entre los pacientes hospitalizados, muchos de los que tenían síntomas leves se recuperaron pronto. Vimos con nuestros propios ojos cómo la situación de Wuhan iba mejorando, tal y como queda atestiguado en mis notas diarias.

Para solucionar el problema de subsistencia diaria de los nueve millones de habitantes, en un principio los vecinos se organizaron por iniciativa propia para hacer compras colectivas de productos de primera necesidad mediante el comercio electrónico. Más tarde, el Gobierno

envió a los funcionarios a entrar en distintas comunidades residenciales para prestar ayuda en el servicio comunitario. Los nueve millones de wuhaneses colaboraron con su esfuerzo cohesionado acatando todas las instrucciones del Gobierno. Su resiliencia y su paciencia, que constituían la garantía más sólida para el control del coronavirus, merecen las alabanzas más hermosas. No fue nada fácil cumplir un confinamiento de setenta y seis días. Igualmente efectivas fueron las medidas de cuarentena y otras gestiones del Gobierno en la segunda fase de la batalla contra el coronavirus.

Para cuando completé la entrada número sesenta de mi diario, la evolución de la epidemia en Wuhan ya se había tornado positiva. Y el 8 de abril, tras setenta y seis días de confinamiento, finalmente se desbloqueó la ciudad. Es una fecha inolvidable, en la que casi todos los wuhaneses rompimos a llorar a lágrima viva.

IV

Lo que menos me imaginaba era que, mientras en Wuhan la epidemia iba perdiendo fuerza, había empezado a acelerar su expansión en los países europeos y americanos. El diminuto virus, invisible para los ojos humanos, arrasó a toda velocidad el mundo entero. Este coronavirus ha azotado sin piedad tanto Oriente como Occidente.

Entre tanto, los políticos de ambas partes intercambian reproches, sin pensar nunca que cada uno de ellos ha cometido errores. La dejadez de China en la fase inicial y la arrogancia de Occidente por desconfiar de la experiencia china en la lucha contra la epidemia han oca-

sionado numerosas víctimas mortales y han destrozado la vida de innumerables familias, condenando a toda la humanidad a sufrir una catástrofe devastadora.

Un periodista occidental me preguntó: «Después de esta epidemia, ¿qué lección deberá sacar China?». Le contesté: «La COVID-19 no sólo ha atacado China, sino que también se ha propagado en casi todos los países. El nuevo coronavirus nos ha dado una lección a China y al resto del mundo. Esta lección es: la humanidad no puede permitirse el lujo de continuar perdida en su propia arrogancia, ya no podemos seguir pensando que somos el centro del mundo; ya no podemos seguir considerándonos invencibles, y ya no podemos menospreciar la fuerza destructiva de los elementos más pequeños, por ejemplo, un virus».

Los virus son un enemigo común de toda la humanidad. Ésta es una lección para todos los seres humanos. Sólo cuando todos estemos unidos, lograremos vencer el virus y nos libraremos definitivamente de su amenaza.

V

Quisiera agradecer de todo corazón a mis cuatro amigos médicos, quienes me han aportado información sobre la epidemia y conocimientos clínicos al respecto del coronavirus.

Agradezco a mis tres hermanos todo el apoyo y la atención que me han brindado. También a los demás familiares que me han apoyado generosamente. Cuando comenzaron los ataques por internet, uno de mis primos me dijo: «Tranquila, siempre contarás con el respaldo de toda la familia». Y mi prima no ha parado de enviarme todo tipo

de información. Cada una de las palabras de mis queridos familiares me ha hecho sentir la calidez humana.

Doy las gracias también a mis compañeros universitarios y de secundaria, que me han dado su más firme apoyo. Me han facilitado una gran cantidad de información de distintos sectores sociales, además de estimularme cuando tenía ganas de dar un paso atrás. También he de expresar mi gratitud a mis colegas y vecinos que siempre me han ayudado en el día a día cuando me entregaba a escribir.

Por último, mi agradecimiento al profesor Michael Berry, el traductor de esta obra al inglés. De no haber sido por su propuesta, nunca habría pensado en publicar este libro en el extranjero, ni mucho menos con esta velocidad.

Este libro está dedicado a los habitantes de Wuhan y también a todos los que han ayudado a los wuhaneses en sus horas más oscuras. Todos los ingresos que perciba por este libro los donaré íntegramente para ayudar a quienes han arriesgado la vida para salvar Wuhan.

Fang Fang
En Wuhan, a 13 de abril de 2020